

Sin título

Todo empezó un domingo. La abuela estaba esperando en la puerta de la iglesia, con un Chupa Chups en la mano y el abuelo con un periódico, como todos los domingos. Sin embargo, había algo distinto ese domingo.

Entramos a la iglesia y nos sentamos. Como de costumbre, estuve hablándole a Dios sobre mis hazañas semanales. Le dije que conseguí que Pablo me cambiase un cromó normal por otro brillante, porque él lo tenía repe. También que el examen de Naturales me había salido mal, pero que no pasaba nada porque la profe decía que se podía mejorar con actividades, y yo siempre hago las actividades. También le dije que el Chupa Chups de hoy era de Coca-Cola, y a mí me gustan más los de fresa. Volví a lo del examen, y pregunté por qué no me había ayudado. Y por un instante pensé: “¿Y si Dios no existe?”. Fue solo un segundo, pero suficiente como para hacerme sentir mal. Me dio vértigo y todo empezó a dar vueltas.

—Vera, ¿estás bien? —susurraba mi padre.

—Mírala, si está pálida —susurraba mi madre de vuelta—. Sácala, sácala, no vaya a ser que vomite.

Y, en cuanto mi padre se levantó, vomité. Se hizo silencio, y a partir de ahí no me acuerdo de nada. Mis padres dicen que seguí vomitando hasta desmayarme. Me llevaron a urgencias, pero aparentemente no me pasaba nada. Aun así, estuve ingresada.

Durante mi estancia, apareció. Solo podía saber que estaba presente por sombras u olores. Sombras que se movían detrás de las puertas cuando la enfermera se iba. Olores como el de los jabones que mamá dice que no puedo tocar, o como el de las cerillas de papá. Lo veía y olía cuando mis padres no estaban pendientes de mí. No querían dejarme sola en la habitación, pero un día tuvieron que irse porque mi hermano mayor se metió en líos.

Fue ese día cuando lo pude ver con claridad. No le dio tiempo a salir; estaba a punto cuando grité para que viniese la enfermera. Cuando apareció ella, La Bestia se desvaneció. Mamá una vez me dijo que a la gente que ve cosas que los demás no, los llevaban a un hospital, como a mi tío Antonio. Yo no quería ir a un hospital especial, así que, aunque esté mal, mentí y dije que había visto una araña.

Después de dos días más, los médicos dijeron que no pasaba nada y que podía volver a mi casa. La Bestia no volvió a aparecer y yo estuve unos meses sin ir a la iglesia, ya que el médico dijo algo como que quizá volver haría que me volviese a poner mala.

Pero, pasado un tiempo, volví. De nuevo el abuelo con el periódico y la abuela con el Chupa Chups. Entramos y nos sentamos. Iba a empezar a hablar con Dios, pero a lo lejos, la vi. Se escondía detrás de la Virgen de los Dolores. Mi madre dice que cuando ella me iba a tener siempre le rezaba, y que gracias a eso salí muy espabilada. Intentaba concentrarme en la Virgen, pero la sombra me distraía y me hacía tener miedo. Comencé a temblar, y mis padres decidieron que lo mejor sería salir. Esa fue la última vez que fui a la iglesia.

Pasaron unos años y La Bestia no volvió a aparecer. Yo pasé al instituto. Echaba de menos a mis amigos del colegio y los Chupa Chups de la abuela, pero estaba demasiado ilusionada por esa nueva fase de mi vida como para pensar mucho en esas cosas.

Por lo general me iba bien: buenas notas, amigos... Había un chico en mi clase que me llamaba la atención, y le pregunté a mis amigas si me podían hablar de él.

—Tía, es un malo, todas sus ex lo dicen —rió Sandra.

—¿¡Todas!? ¿¡Más de una!?!? —exclamé, llevándome una bronca del profesor. —Hombre, tía —respondió ella susurrando—. Laura, Silvia, María... y seguro que se me olvida alguna. A pesar de lo que me decía Sandra, yo decidí intentarlo.

Pues pasaron cosas, y efectivamente, era un malo. Recurrí a Dios tras la ruptura, esta vez sin Chupa Chups ni periódico ni abuelos ni padres. En una esquina de mi habitación, empecé a hablar. Nada más pronunciar la primera palabra, una sensación familiar se apoderó de mí. Me quedé paralizada. Sabía lo que iba a ver si me daba la vuelta. Escuché un paso y en ese momento me vi obligada a girar.

De pie, inmóvil, estaba La Bestia. Era una cosa muy inconsistente. Al principio solo veía una sombra, pero no correspondía con la de un humano. Tenía patas de gallo con escamas de pez, un cuerpo inmenso y peludo, la cara de un búfalo y los brazos de un oso. Tenía los ojos enormes y respiraba muy lenta y densamente. Su aspecto era indescriptible. No debería existir, pero existía.

Comenzó a dar pasos lentos hacia mí. Desesperada, comencé a gritarle, sin éxito alguno. No parecía detenerse. Oculté mi cara y, cuando la sentí a un centímetro, escuché las llaves de casa. Repentinamente, desapareció. Pasé el resto de la tarde tumbada en mi cama y mirando al techo. Dejé de comer y salir.

Una tarde de verano, Sandra, preocupada por mí, vino a visitarme. Yo le conté lo de La Bestia, desesperada. Me daba igual si me llamaba loca; solo quería sacarlo del pecho.

—Jope, tía, no te puedes aislar por esa tontería. El mundo sigue girando. —Tontería para ti, Sandra. La vida ya no tiene sentido. A veces pienso que ni siquiera le importo a Dios. Dudo incluso de que exista.

—¿Y qué más da si existe o no? Mira, Vera, esperar un sentido es una trampa. Esa... “bestia” que dices... solo es el absurdo existiendo en tu conciencia.

—Pero qué dices, loca.

—Hazme caso que sí... ¡madre mía! Llego súper tarde a cenar. Cuídate mucho, Verita. Hablamos después, ¿vale?

Y así fue como Sandra se fue. ¿La Bestia... el absurdo? ¿Dios no existe? ¿Para qué hago todo lo que hago entonces?

No soportaba la idea de que no existiese algo más. Fui al baño y busqué los medicamentos de mi tío Antonio. Sus últimos años de vida los pasó con nosotros, fuera del psiquiátrico, y aún hay cosas tuyas en casa. Cogí pastillas y, sin mirar, me las tragué. ¿De qué sirve vivir si vivir no sirve para nada?

Repentinamente, escuché el timbre. Me asomé a la ventana y vi a Sandra. Abrí la puerta y subió a mi habitación.

—Tía, perdón, que me he dejado el bolso. ¿Qué llevas en la mano? —preocupada, me arrancó el bote antes de que pudiera responder.

—¿¡Estás loca?! Dul...co...¿lax? —Empezó a reírse y yo no entendía nada. Me sentí ligeramente ofendida.

—Estoy a punto de suicidarme y tú te estás riendo.

—No sé si te morirás —rió—, pero una cagatera fuerte sí te va a dar.

Desesperada, empecé a llorar.

—¿Qué hago con este vacío Sandra? ¿Me entrego a él?

—No. Hay que saber que la vida no tiene sentido y, aun así, seguir. Ningún Dios te va a dar un propósito, tienes que dártelo tú.

—Suenas como un bucle infinito. No quiero vivir así.

—Lo es. Pero también es libertad. No tienes que esperar un significado que venga de fuera. Puedes inventarlo. La Bestia, el absurdo, solo tiene fuerza si le das el poder de gobernarte. Dile que no. Tú decides.

—Entonces... la respuesta es... ¿abrazarla?

—No exactamente abrazarla —dijo, sentándose, aún con una sonrisa rara, entre pena y cariño—. Es más bien mirarla de frente y decirle: “Vale, no tienes sentido, pero me da igual”.

—¿Pero cómo no va a haber un sentido? Eso duele.

—Claro que duele. Si no doliera, no estarías viva. Camus, filósofo francés, decía que lo absurdo aparece cuando tus ganas de entender chocan con el silencio del mundo. Ese choque, ese dolor, es la prueba de que estás despierta, no muerta.

Me limpié las lágrimas y vi el bote de pastillas, brillando ridículamente y amenazando sin fundamento.

—¿Entonces qué tengo que hacer mañana? ¿Y pasado? ¿Y el resto?

—Lo que tú quieras. Tendrás que inventarte el sentido paso a paso: desde hacerte un café hasta decidir qué quieres ser. A veces, encontrarás momentos maravillosos sin buscarlos. La libertad está ahí.

Miró el bote de pastillas con una ceja arqueada.

—Tira eso, anda, y riéte un poco del universo. Él ya se ríe de ti, sobre todo por la cagadera que vas a tener.

Aquella tarde, después de que Sandra se fuese, reflexioné. Unos días después, La Bestia, o, el Absurdo, volvió a aparecer. Apareció, y no me importó. Le invité a sentarse conmigo un rato, y desde ese día no se ha ido. No me molesta, a veces, hasta es agradable. Es un recordatorio de que la vida no tiene sentido y de que, por eso mismo, puedo hacer lo que me dé la gana.

Rania El Kaboussi El Bouamri- 2º Bachillerato E